

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

La Novela Semanal Cinematográfica



EL
MÍSTICO

FOR
Consuelo Cirera
José Cuevillas

50 ets.



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

EL MÍSTICO

Argumento de la película del mismo título,
adaptada de la obra cumbre de igual nombre
del célebre autor Santiago Rusiñol

Interpretes: F. Priego, José Cuvillas,
M. Ramos, J. Benítez, Consuelo Cirera,
J. Gregori y E. Mora.

Dirección Artística: Juan Andreu

Dirección Técnica: José María Maristany

Producción LL. A. M. A. FILMS

Distribuida por

Industrial Cinematográfica Española (I. C. E.)
VALENCIA

Concesionario para Cataluña, Aragón y Baleares:

COMERCIAL FILM (Balart y Simó)

Calle Balma, 74 - Barcelona

Prohibida la reproducción.
Reservado
por la censura gubernativa.

L. Hacia, impresor - Barcelona

EL MÍSTICO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Arriba, cerca del cielo, en plena montaña, lejos de la vida bulliciosa de la gran ciudad y ajeno por completo a la falsa hipocresía de sus habitantes, que aniparándose en la palabra Caridad, organizan fiestas y reuniones, para lucir las mujeres sus ricos vestidos y los hombres su estúpida oratoria, haciendo de la pobreza un verdadero sarcasmo, se encuentra un bello pue-

blecitu del Ampurdán, donde todo invita al amor y a la paz.

En él, querido y venerado por todos sus habitantes, el Padre Juan era el bondadoso director de almas y vivía feliz y dichoso, en compañía de su hermana Francisca y de un hijo de ésta, a quienes había recogido.

El ambiente de dulce poesía de una cálida tarde de primavera hacía también sonar a los pequeños corazones, y Ramón, el sobrino del santo sacerdote, elevaba su alma, llena de un extraño misticismo, al Todopoderoso, que se había dignado crear tanta belleza para recreo de los pobres y humildes pecadores.

Mientras él seguía con el pensamiento fijo en un mundo lejano, un mundo creado tan sólo por su imaginación, en el que únicamente la verdad y la virtud resplandecían, su madre, mujer poseída de muy nobles sentimientos, aunque su carácter algo rudo parecía demostrar lo contrario, seguía en enconada lucha con las aves del corral.

Del profundo éxtasis en que se hallaba

sumido el joven seminarista, vino a sacarle la voz cariñosa del Padre Juan, diciéndole:

—Ramón, es ya la hora de cenar; vamos a poner paz entre tu madre y los huéspedes del corral.

Y en aquel romántico atardecer, rompió el misterioso silencio de la aldea el galope de un linete, que preguntaba por el Padre Juan.

Diéronle las señas de la Iglesia y a ella se dirigió, sin perder un momento, en el preciso instante en que Badajo, campanero y sacristán de la Iglesia del pueblo, limpiaba amorosamente su solitaria campana.

A los insistentes golpes del linete, salió a la puerta para enterarse de lo que ocurría, y el recién llegado exclamó, con frases entrecortadas por la emoción:

— ¡Pronto! ¡El Padre Juan! ¿Dónde se encuentra?

— En la Rectoría — contestó Badajo.

— Pues avíale que parta inmediatamente para la finca de "Las Palomas". Doña Mer-

cedes se encuentra agonizante y quiere verlo antes de expirar.

El pobre y paucísimo Badajo corrió, con toda la ligereza que le permitía su abundante carne, hacia la Rectoría para cumplir el encargo, diciendo:

— Padre Juan, avisan de casa de doña Mercedes, que se está muriendo, y que vaya usted en seguida.

— Pobre mujer! — exclamó con verdadera tristora el sacerdote —. Prepara lo necesario, que vamos a partir ahora mismo.

— Yo también voy — intervino Francisca, llorando la pérdida de la buena amiga —. Ya sabes cómo quería yo a doña Mercedes.

Badajo, en viendo lágrimas era hombre perdidito, y no tardó en acompañar a Francisca en su llanto, hasta que el Padre Juan volvió a repetirle la orden que le había dado.

Las almas bondadosas no reparan en sacrificios, tratándose de un acto de amor humano; y las de aquellos seres, en las que la piedad y el amor al prójimo eran la base principal de sus vidas, no repararon tam-

poco en las incomodidades del viaje y salieron inmediatamente hacia la finca de "Las Palomas".

Pero, hay seres refractarios a toda obra piadosa, y uno de éstos era indudablemente el asno que montaba Badajo, que se negaba rotundamente a seguir el camino que le indicaba su jinete.

Después de una penosa jornada, llegaron a la casa donde doña Mercedes agonizaba, víctima de una rápida enfermedad, y encontraron, a los pies de la cama de la moribunda, a una hermosa joven que lloraba desconsoladamente. Era Marta, la hija querida, a quien el Destino, implacable, le arrebatara al ser que le dió la vida.

Al verlos llegar, aquel cuerpo enfermo que parecía desprovisto de vida, se incorporó en un supremo esfuerzo y exclamó, con una voz que iba extinguiéndose a medida que hablaba:

—Gracias, amigos míos. Os esperaba para despedirme de vosotros... Padre Juan, Francisca, muero pobre; mi único tesoro era Marta, no la abandonéis... que queda

soía... muy sola... Velad por ella... cuidad también de su alma...

Y como si sólo hubiera esperado este momento para morir, abrió los ojos desmesuradamente, fijando la vista en su hija, como si quisiera llevarse grabada al otro mundo su imagen adorada, y expiró en los brazos de su amiga.

Pasaron dos días desde la muerte de la desgraciada doña Mercedes, y Ramón, intranquilo por la tardanza de los suyos, esperaba impaciente en la carretera la llegada de sus seres más queridos.

Por fin, una espesa nube de polvo que avanzaba lentamente le anunció el arribo de aquéllos, y el corazón le latió violentamente, ante la esperanza de verlos a ver. Corrió hacia ellos y, sin fijarse en la joven que los acompañaba, los abrazó con infinita ternura, hasta que su tío, desahuciándose de él, se la presentó diciendo:

—Ramón, desde hoy tendrás una compañera a quien amarás como a una hermana, puesto que vuestras almas puras no tardarán en comprenderse.

Las miradas de los dos jóvenes se cru-

zaron en aquel momento, y Ramón sintió que una extraña e inexplicable emoción conmovía en aquel instante todo su cuerpo. Alargó la mano y, al rozar la piel fina



—Ramón, desde hoy tendrás una compañera a quien amarás como a una hermana...

y suave de la joven, sus manos quedaron enlazadas, sin acertar a separarse, como si un mismo sentimiento las uniera para toda la vida.

Hay miradas que, por muy "Badajo" que

sea uno, se comprende su significado, y Badajo, al ver la de los muchachos, pensó que la vida de Ramón había cambiado desde aquel momento.

Transcurrieron los días, y nada vino a alterar la tranquila vida de la aldea; pero durante ellos, el alma poeta de Ramón luchaba ante dos influencias: la de sus místicas lecturas y la de la naturaleza que le hablaba de otro amor, de un amor humano y terrenal que él no llegaba a comprender.

Insensiblemente, Marta había ido alimentando en su pecho una dulce esperanza de conseguir el amor de su compañero, y muchas tardes, al salir los jóvenes por las ajenas del pueblo, la muchacha, ante la exuberante belleza de la Naturaleza e influida por la poesía del campo, creía que su sueño no era solamente una quimera, sino una deliciosa realidad que no tardaría en verse realizada.

Un día se hallaban sentados al pie de

una vieja encina, contemplando admirados el magnífico espectáculo que ofrecía el sol al esconderse tras las montañas, cuando Ramón le dijo:



—Escucha, Marta; escucha estos versos de amor infinito...

—Escucha, Marta, Escucha estos versos de amor infinito.

El corazón de la muchacha parecía querer saltar del pecho. Supuso que, por fin, había llegado la hora de verse correspondi-

da en su amor, y aguardó, con el alma en suspenso, la lectura de aquellos versos portadores de su felicidad.

Sacó Ramón unas cuartillas que había escrito y, acercándose a su compañera, leyó:

"Si es la vida un destierro,
Me complace, Señor, ser desterrado
Y si es prisión con cárceles de hierro,
Quiero vivir mi vida encadenado.
Valedme, Jesús mío, en la pelea
Que he de librar para acercarme a Vos.
Mi alma lucha y combatir desea,
Porque al fin de la lucha está su Dios."

—¿Y éstos son los versos de infinito amor? preguntó Marta, defraudada en sus esperanzas.

Y, anegada su alma en una profunda tristeza, se apartó de aquel hombre que tan inconscientemente atormentaba su vida.

Ramón, sin saber a qué atribuir el inexplicable enojo de su compañera, marchó tras ella, basta que la joven lo detuvo di-

ciéndole, a la vez que le entregaba una flor que acababa de cortar:

—Ramón, toma esta flor, que será símbolo de vida. Es una pasionaria. Emblema de abnegación y amor.



—Ramón, toma esta flor que será símbolo de vida... Es una pasionaria...

—Abnegación y amor tengo a la Humanidad entera, Marta — respondió el futuro sacerdote —. Jamás he dejado de amar a mis semejantes.

No pudo Marta guardar oculto por más tiempo aquel amor, que era la base de toda su vida, y, en un momento de exaltación, le confesó la inmensa pasión que en ella había despertado, diciéndole:

—Tus libros, tus poesías y tus palabras, me hicieron esperar un amor humano, pero para mí, sólo para mí.

Desgraciadamente para él, el mismo fuego que incendiaba el corazón de la joven consumía también su existencia, desde el primer día que la vió; pero más fuerte su voluntad que la tentación, supo resistir y conservar su alma limpia de todo pecado.

La tarde iba cayendo lentamente y las sombras de la noche empezaban a extenderse por el campo, cuando los dos jóvenes emprendieron el regreso hacia la aldea. Ninguno de los dos se atrevía a pronunciar una palabra más y caminaban, tristes y melancólicos, pensando lo mismo y huyendo del mismo pensamiento que atormentaba sus cerebros.

Badajo había terminado el toque de oración y, subido en lo alto del campanario,

divisó a lo lejos de la carretera un gentío que se acercaba a la aldea. Quiso satisfacer su curiosidad y corrió para inquirir lo que pasaba.

Puede adivinarse cuál no sería su sorpresa, cuando vió que se trataba nada menos que del Obispo de la Diócesis, que acompañado de varias personalidades recorría aquel contorno en visita pastoral.

Y mientras Ramón, rodeado de sus pequeños amigos, les enseñaba la lección de aquel día, llegó, agitado y sudoroso, el bueno de Badajo, gritando:

—¡Padre Juan! ¡Padre Juan, ha llegado el señor Obispo!

—¡Señor, y yo que no tengo nada preparado! — exclamó, apurado, el pobre cura—. Francisca, procura prepararlo todo para recibirlo dignamente — le ordenó a su hermana; y dirigiéndose luego a Badajo, lo envió a la Iglesia, diciéndole:

—Y tú, campanero, corre, vuela, y que toquen a fiesta todas las campanas de la Iglesia.

—Correré y volaré, haciendo un esfuer-

zo, Padre Juan — contestó el sacristán—. Pero "todas" las campanas va a ser difícil, porque no hay más que "una".

—Pues toca muy fuerte, para que parez-



Y mientras Ramón, rodeado de sus pequeños amigos, les enseñaba la lección de aquel día,...

can muchas — volvió a decirle el sacerdote. Y mientras aquél corría para cumplir la orden recibida, el Padre Juan llamó a su sobrino y le dijo:

—Ramón, si Su Ilustrísima te diera algún consejo, síguelo.

—Lo seguiré — repuso el joven, decidido a cumplir su promesa, aunque le costara la vida.



Cuando llegó el señor Obispo, ya estaba todo preparado y Su Ilustrísima hizo la presentación de las personas que le acompañaban, diciendo:

Mi Secretario, el Reverendo Padre Mariano, un verdadero santo — y señaló al sacerdote que le acompañaba, que agradeció, con una hipócrita sonrisa, el elogio que le había hecho; luego se acercó a otro personaje, que con aire de Señor Feudal esperaba que le llegase su turno, y continuó la presentación:

—El ilustre Diputado de este distrito.

Y finalmente terminó presentando a un joven de larga melena y aire de jactancioso, como a un gran poeta local, llamado Jorge del Pozo.

Francisca esperaba impaciente que ter-

minaran todas las presentaciones, para hacer ella la suya, y cuando terminó el Obispo, se acercó a él y exclamó:

—Ahora me toca a mí. Aquí tiene Su Ilustrísima a mi hijo Ramón, que está estudiando para cura y que también sabe hacer esas cosas que llaman versos.

—Ah, muy bien, muy bien — contestó el Obispo, ofreciéndole la mano, donde el joven depositó un respetuoso beso —. ¿De modo que eras poeta? ¿Podríamos oír alguno de tus versos?

—Son muy malos, señor — repuso humildemente, Ramón.

—Los versos de la juventud siempre suelen ser buenos; deja aparte la modestia y recita alguna de tus composiciones.

Ante la insistencia de todos los presentes, Ramón no quiso hacerse de rogar y recitó la siguiente poesía:

Quiero sufrir la muerte de esta vida;
Quiero no ser, mientras en ella sea,
A placer y ambición mi alma dormida.
Sólo vivir la soledad desear.
La propia muerte me será querida.

No muerte, la diré felicidad.
 Si al cerrarse mis ojos a la vida
 Se abren para la eterna claridad.

—Muy bien, admirablemente bien — exclamó el Obispo, visiblemente emocionado, por la dulzura con que fué recitada—. Esa poesía encierra una santa y noble aspiración. Ahora, joven estudiante, es preciso que no se borren tan nobles anhelos. Huye de la vanidad que es mala amiga de los poetas — y miró de soslayo a Jorge del Pozo—; huye también de aquellos que, por favoritismo o a fuerza de oro, consiguen llegar a cierta altura. Ya que vas a ingresar en el sacerdocio, acuérdate del sermón sublime de la montaña, predicado por Cristo: "Bienaventurados vosotros, cuando por amor mío os maldigan". Así, pues, haz el bien y nada temas, "suceda" lo que "suceda", "pase" lo que "pase", que el Señor te bendecirá desde las alturas.

—Aspiro a mucho, señor Obispo, pero no a los goces y vanidades de este mundo — exclamó Ramón, poseído de una suprema fe en la Justicia Divina.

Algunas horas después, cuando el Obispo abandonaba la aldea, en la Rectoría empezaba la lucha espiritual de dos seres, que abrigan en sus pechos diferentes pasiones.

Marta, humanamente enamorada de Ramón, luchaba con todas las fuerzas de su pasión, para conseguir que éste renunciara a su vocación y aceptara el amor que ella le ofrecía, pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles. El joven seminarista deseaba sus palabras y tan sólo deseaba seguir, como un nuevo apóstol, el camino lleno de espinas que le indicaba la mano invisible que guiaba sus pasos.

Al ver marchar al Obispo exclamó, acordándose de sus consejos:

—Tiene razón, debo ir a la ciudad a ver,

a convencer, a sufrir, a dar la vida por los pobres.

—Entonces, ¿marcharás a la ciudad, y tendrás el mal corazón de abandonarme, despreciando mi amor? — preguntó, desesperada, Marta.

—Sí, Marta. ¡Lo dejaré todo! ¡Lo daré todo! ¡Viviré para todos, menos para mí!

—No, Ramón, no. Tu amor me pertenece — suplicó la joven, abrazándose a él.

—Loca! — la reconvinó dulcemente—. ¿Que eres tú, ante la Humanidad? Mi amor hacia todos me reclama y yo acudo.

Ante aquella actitud del hombre amado, Marta adoptó una resolución enérgica y exclamó:

—También es el amor quien a mí me llama. Parte, pues, que yo también iré en su busca y lo hallaré donde se encuentre.

Salió de la Rectoría con el alma destrozada por la pena del desengaño y su corazón, transido de dolor, lloraba candentes lágrimas, que al subir a sus ojos los abrazaban hasta cegarlos.

Era toda la ilusión de su vida la que se

desvanecía en aquel momento, el sueño dorado de su juventud, que durante tantas noches de insomnio había acariciado. Su amor había sido una triste quimera, que otro amor, más fuerte y noble, se lo había arrebatado, dejándola a ella sumida en la noche oscura del desconsuelo y la desesperación.

Mientras tanto, Ramón, postrado de hinojos ante un Cristo, dábale gracias por haberle dado fuerzas para resistir a la tentación de aquella mujer, que le hacía dudar del verdadero amor, y le suplicaba que inundiera en su alma la fe suficiente para emprender el escabroso camino que se había trazado en su vida.



Pocos días después, Ramón se preparaba para cumplir la misión Evangélica que se había impuesto y partía para la ciudad, para predicar, con el ejemplo, el amor al prójimo.

Momentos antes de partir, extrañado de no ver a Marta, cuya imagen llevaba grabada en su corazón, como punzante espina, preguntó por ella y su madre le contestó:

—No sabemos dónde anda; la hemos buscado todo el día y no damos con ella.

En efecto, Marta, temiendo el momento de la despedida, había huido, desde por la mañana, de la casa, y aguardaba, oculta, el paso de la diligencia, para despedir, sin palabras, pero con todo el amor de su corazón, al hombre adorado.

Al día siguiente de su llegada a Barcelona, Ramón, inconsciente en su aturdimiento, se encaminó a las afueras de la capital, desde donde contempló extasiado la



—No sabemos dónde anda... La hemos buscado todo el día y no damos con ella.

gran urbe y la grandiosidad del mar que se extendía ante su vista. Y al verse tan pequeño, comparado con aquella inmensidad, pidió fuerzas al Señor para llevar a buen fin la gran obra que se había trazado.

Mientras tanto en la aldea, Marta se aburría, como un pájaro enjaulado anhelante de libertad, que espera la mano caritativa que abra la puerta de su prisión.

Un día se presentó don Andrés, el Diputado, que iba recorriendo el distrito, y al ver a la joven en la puerta de su casa, exclamó:

—No creía encontrarla aquí. Esta Rectoría no es el jardín más apropiado para que se desarrolle una flor tan hermosa como usted.

É intentó abrazarla. Pero la joven le rechazó enérgica, exclamando:

—Si no se marcha inmediatamente, llamaré al Padre Juan.

—No, Marta, ya que he tenido la dicha de encontrarla, desco que me escuche, aunque sólo sea un momento. Abandone esta vida de miseria y tristeza y véngase conmigo a la ciudad. Allí las mujeres hermosas, como usted, viven y triunfan.

Y desde aquel momento empezó la seducción de la joven, hasta que la pobre alondra, deslumbrada por los espejuelos de

la libertad y del lujo, abandonó el honrado hogar y huyó a la ciudad, que, como impotente monstruo, no tardó en devorar a su nueva víctima.



Transcurrieron algunos años. En la aldea celebrábase la fiesta mayor, y al son de la música ampurdanesa los aldeanos bailaban la típica sardana.

Ramón, el Padre Ramón, había vuelto, antes de partir definitivamente a la ciudad, para encargarse de una modesta parroquia, a despedirse de su tío y a llevarse a su madre a su nueva vivienda.

A pesar de los años transcurridos, el Padre Ramón no había podido olvidar a la mujer adorada e inmediatamente preguntó:

—¿Y Marta? No la veo entre las mozas que bailan.

El Padre Juan suspiró con honda tristeza al recordar a aquella desgraciada, a quien tanto quería, y exclamó:

—La Rectoría era para Marta una jaula demasiado pobre y la cambió por otra de barrotes dorados.

Ante la terrible noticia, quedó el Padre Ramón anonadado, por el tremendo golpe que acababa de recibir en mitad de su corazón; y al día siguiente volvió, acompañado de su madre, a la capital, donde empezó a ejercer humildemente su Ministerio y en la que pronto se extendió su fama de poeta.

El sueldo que percibía era casi insuficiente para atender las reducidas necesidades de su casa, pero no obstante jamás negó su mano una limosna a ningún pobre, mientras en su bolsillo quedaba una moneda con que poder socorrerlo.

Una mañana al salir de la Iglesia y cuando acababa de entregar su última moneda, se le acercó un hombre pobremente vestido. Creyó que se trataba de otro mendigo

y le dijo, a la vez que le entregaba un devocionario, que llevaba en la mano:

—Hermano mío, ha llegado tarde al reparto; sin embargo, tome este libro, véndalo y atienda a sus necesidades.

—Lo tomaré por venir de quien viene; pero venderlo, no; además, creerían que lo había robado — exclamó el desconocido — Yo no vengo implorando una limosna. Espero de usted algo, que aquí no podría explicarle.

Para nadie se habían cerrado nunca las puertas de la casa del Padre Ramón y, ante el ruego de aquel hombre, contestó:

—Aunque sólo caridad puedo ofrecerle, venga a mis habitaciones; allí me contará sus penas y quiera el Señor que encuentre un consuelo para ellas.

Al llegar a su casa, hizo una seña a su madre, para que los dejara solos, y Francisca salió, murmurando:

—Sí, hijo, sí; ya me voy. ¡Tantos pobres y pobres! ¡Como si nosotros no lo fuéramos poco!

—Ahora que estamos solos puede usted

hablar; ¿qué quiere usted de mí? — preguntó el Padre Ramón.

—¡Padre, acabo de salir de presidio! ¡Yo maté! Pero mi pecado merece perdón. Escúcheme usted. Yo quería a una mujer con toda mi alma, e inspirado por aquella pasión pensé que el amor uniría a los hombres y los haría felices. Así se lo dije, invitándola a seguirme y predicarlo; pero no me comprendió: ella amaba al hombre y yo a la Humanidad entera.

La narración de esta historia debía producir en el ánimo de aquel desgraciado un efecto tan intenso, que los sollozos le impidieron seguir relatándola. Por fin, pudo serenarse un poco y continuó diciendo:

—Huyendo de ella, marché a la ciudad, decidido a hacer el bien, pero quiso mi fatal estrella, que, un día, al salir de un paseo público, la viese acompañada de otro hombre. Una ola de sangre nubló mi vista y sin poderme contener saqué la pistola... Cuando volví en mí, yacía ella muerta en un charco de sangre.

—Hernando, le compadezco por pecador y por sus desdichas, que me recuerdan cosas de tiempos pasados — contestó el Padre Ramón, pensando que también él, co-



—Huyendo de ella, marché a la ciudad, decidido a hacer el bien...

mo aquel hombre, había amado con delirio a una mujer, que no supo comprenderlo. Por un momento acudió a su memoria la vida de la aldea, y para hacer desaparecer estos tristes pensamientos le preguntó:

¿Qué puedo hacer por usted?

Quiero trabajar, quiero ser bueno... si es que alguna vez dejé de serlo — suplicó el desdichado.

El Padre Ramón procuró consolarlo en su aflicción y le dijo:

—No se apure. De aquí a poco rato hablaré con gente poderosa, pediré a esa gente por usted, y lo pediré de tal forma que tendrán que ayudarme.

—¿No lo harán! — exclamó el antiguo presbiterio, convencido de sus palabras.

—En el mundo hay personas buenas y no hay que desesperar.

—Pero no esa gente que usted cree. Usted no los conoce. Muchos son buenos porque pueden pasarlos sin ser malos.

—Yo le aseguro encontrarle trabajo — le prometió el caritativo sacerdote.

—¡Gracias, gracias! — exclamó, conmovido, Miguel, que así se llamaba aquel desventurado—. ¡Ahora, Padre, concédame su último favor! ¡Su bendición!

Elevó el Padre Ramón su vista al Cielo,

como implorando piedad para aquel pobre pecador, y exclamó:

—¡Que Dios le perdone como yo le perdono!



Poco tiempo había transcurrido, cuando el Padre Ramón recibió la visita de la señora baronesa de Pozovicio, la señora Presidenta de la Junta de Damas, don Andrés y Jorge, que venían a hablarle de una fiesta benéfica que pensaban organizar.

La señora Baronesa, que era la encargada del festival, le dió a conocer el motivo de su visita, diciéndole:

—Padre Ramón, mañana celebremos en mi palacio una fiesta en favor de los pobres, y por lo tanto reinará la alegría. Habrá música y baile. También hemos contado con usted.

Agradeció el Padre Ramón la invitación que le hacían y contestó rehusando.

—Siento no poder asistir a la fiesta y, mucho más, después de saber su caritativo

fin; pero le aseguro, señora, que yo nunca he asistido a ningún baile.

No se trata de baile — repuso la Baronesa, que comprendió el tono irónico del sacerdote—. Lo que esperamos de usted, es que nos recite alguna poesía al final. Nosotros y los pobres les quedaremos muy agradecidos.

—Acepto, con la condición de que protejan también a los míos, y aún esta noche les presentaré algunos de ellos.

—¿Quién le niega a usted nada y menos tratándose de lo que se trata? Cuento con nuestro agradecimiento, y hasta la noche.

Cuando volvió a quedar solo, una íntima satisfacción del bien que acababa de hacer inundaba el alma infinitamente piadosa del santo sacerdote, pensando que aquella misma noche obtendría trabajo para Miguel y salvaría a un alma que estaba expuesta a caer de nuevo en el pecado, por abandono de los hombres.

Indudablemente, Dios le había creado para ejemplo de bondad, caridad y sacrificio,

puesto que le hacía pasar por las pruebas más duras.

Estaba dando gracias al Altísimo, por el favor que acababa de concederle, cuando se



—Acepto, con la condición de que protejan también a mis pobres..

presentó su tío, que había venido de la aldea, con una delicada misión, y le dijo:

—Ramón, soy portador de una noticia que va a causarte tanta tristeza como a mí.

—¿Qué pasa? — preguntó, sin poder adivinar de lo que se trataba.

—Marta, aquella Marta, a quien tanto amamos, abandonada por el infame que la sedujo, fué a buscarme a la montaña y vengo a decirte lo que desea de ti.

—¿Qué quiere? — volvió a preguntar el Padre Ramón, haciendo inauditos esfuerzos para no descubrir la inmensa pasión que desde tanto tiempo consumía su corazón.

—Quiere verte.

—¿A mí? — exclamó el joven sacerdote, visiblemente emocionado.

—¿A tí! Quiere verte para que la aconsejes. Jura que tú solo puedes librarla de terminar su perniciosa.

El Padre Ramón estaba seguro que no podría sufrir la presencia de la joven y se negó, diciendo:

—Aunque la quisiera amparar, no podría.

—Acaso te pida confesión y no debes negársela — insistió el Padre Juan.

—Que venga cuando quiera — contestó su sobrino, a la vez que rogaba al Todopo-

deroso que le diera fuerzas suficientes para pasar por aquel nuevo dolor.

Salió el Padre Juan y momentos después apareció con Marta, que arrojándose a los pies del hombre que tanto había amado, le imploró:

—¿Perdón! No soy culpable, Ramón! No soy tan culpable como puedes creer! Perdóname!

La presencia de la joven aceleró por unos segundos los latidos del corazón del pobre sacerdote, pero dominándose en seguida, le contestó dulcemente:

—No te culpo, te compadezco. Mi perdón lo tienes. Lo tienen todos los que pecan por amor...

Cuando llegó la noche, el Padre Ramón, acompañado de Miguel y de Marta, se presentó en el palacio de la Baronesa, que salió a recibirlo, en unión de Jorge y de varias damas encargadas de organizar la fiesta.

La de Pozoviejo se adelantó hacia él y le dijo:

—¡Bienvenido sea nuestro poeta!

—Me pedisteis unos versos y aquí los te-

neís — exclamó al Padre Ramón, mostrándoles unas cuartillas—. Yo, en cambio, os pedí protección para mis pobres y aquí os los traigo. ¡Protegedlos!

—Así lo prometimos y así lo haremos — repuso la Baronesa—. ¿Qué descan?

—Este pobre desgraciado — y señaló a Miguel—, que cumplió ya su deuda con la justicia humana, pide trabajo y vosotros se lo daréis; y esta pobre mujer, que en sus ansias de amor llegó hasta el pecado, espera de vuestra caridad un pedazo de pan y vuestra protección.

A medida que hablaba, los presentes iban demostrando con sus gestos la sorpresa que les producían las anteriores palabras del sacerdote. En sus almas mezquinas e incapaces de hacer el bien por el bien mismo, no podía haber un sentimiento de caridad tan extenso, y la Baronesa le atajó, indignada:

—¡Basta, Padre Ramón! Esta es una burla indigna e impropia de los hábitos que lleva puestos. No comprendo su atrevimiento, presentándose en mi casa acompañado de gentes, que a pesar de su dis-

fraz de pobres, no son más que un presidiario y una pérdida.

—¡Basta también, señora Baronesa! No son ni un presidiario ni una pérdida. Son dos pobres pecadores arrepentidos. Vosotros, que os llamáis cristianos, en vez de recibirlos con los brazos abiertos os apartáis de ellos con repugnancia. ¿Es esta vuestra caridad? — exclamó el Padre Ramón, al oír los insultos de aquella mujer que gozaba fama de caritativa, por sus muchas fiestas y diversiones que organizaba, amparándose en la palabra Caridad. Pero ésta, sin inmutarse por las palabras del sacerdote, volvió a decirle:

—Padre Ramón, no trate de obligarnos y observe que se aparta de la humildad cristiana.

—¡La fe me obliga a mí! — repuso el caritativo sacerdote.

—También tenemos fe nosotros — contestó altivamente la dueña de la casa.

—¡Qué la habéis de tener! — exclamó el Padre Ramón, exaltándose ante la actitud de aquellos seres, que no compren-

dian la caridad sin fiestas ni diversiones—. Si estuviésteis ciertos de que dando cuanto poseéis ganaríais la gloria eterna, ¿no lo entregaríais todo por la gloria? ¿Por qué no lo hacéis? ¿Por qué dudáis? ¿Por qué queréis ir al Cielo... pero en coche!...

Y rompiendo los versos que llevaba, exclamó:

—Allí tenéis mis versos, como había prometido. Yo, por lo menos, he cumplido mi palabra.

Y abrazando a Marta y Miguel contra su pecho, les dijo: —Vosotros, hermanos, encontraréis en mi humilde casa amparo y consuelo. Vámonos.

La actitud del Padre Ramón dejó en suspenso por unos instantes a los que habían presenciado esta escena; pero pronto la hipocresía volvió de nuevo a sus almas y la Baronesa exclamó:

—Señores, este es un incidente sin importancia. Los ayunos han perturbado al Padre Ramón, pero esto no será obstáculo para que la fiesta continúe.

No pasaron muchos días sin que Miguel y Marta encontraran trabajo, y el divino tesoro de la juventud y la ley universal del amor no tardó en unir aquellas dos almas, que no habían cometido otro pecado que el de amar mucho.

El Padre Ramón, cuya naturaleza iba debilitándose rápidamente, veía, satisfecho, el resultado de su obra, aunque ignoraba los amores de sus dos protegidos, hasta que un día su madre los vió despedirse y le dijo:

—¡Esto ya no pueda consentirse, Ramón! Ven a contemplar a esa entretenida y verás cómo pagan tus bondades aquellos a quienes proteges.

—No me digas nada, madre — contestó el Padre Ramón — Dios me dió ojos para ver, pero también me dió corazón para sufrir callando.

—Es que esto no puede consentirse — exclamó, indignada, Francisca — Antes de ver ciertas cosas, me vuelvo a la aldea con tu tío.

Mientras tanto, Miguel, cuya conciencia

le gritaba desde hacía tiempo, por haber ocultado a su protector aquellos amores, le decía a la joven:

—Marta, nos hemos portado mal con el



—Marta, nos hemos portado mal con el padre Ramón, ocultándole nuestros amores...

Padre Ramón, ocultándole nuestros amores; de hoy no pasa que lo sepa todo.

Y a la vez que Francisca preparaba su retorno a la Rectoría, el Padre Ramón recibía una extraña visita.

Era el antiguo Padre Mariano, que le dijo:

—Usted no me recordará sin duda.

—Lo recuerdo a usted perfectamente, Padre Mariano — contestó — Siéntese y diga lo que quiere.

Padre Ramón — empezó diciendo el otro sacerdote—. El día que conocí a usted, hace ya mucho tiempo, allá en la montaña, presentí que alguna vez volveríamos a encontrarnos. Conozco el camino que sigue usted y sé que está lleno de espinas. Vengo, primeramente, a consolarlo, después, si puedo, a aconsejarle y por fin, a advertirle. Pasemos primeramente a las advertencias. Vengo en nombre del Señor Obispo.

—¡Del Señor Obispo! — preguntó el Padre Ramón, sin poder comprender a qué se debería aquella visita.

—Sí, de su parte. Esa mujer a quien usted mismo ha calificado públicamente, no puede seguir viviendo en casa de un sacerdote honrado.

—¡Era pobre, había pecado y como no la amparaba nadie, la recogí yo!

—Recuerde usted que es el Señor Obispo quien le aconseja.

—No he olvidado sus consejos de aquel día, y por eso me niego a echar a esa infeliz en brazos del pecado.



¡Era pobre, había pecado, y como no la amparaba nadie la recogí yo!

—Entonces, me verá obligado a darle cuenta a Su Ilustrísima de este acto de rebeldía — exclamó el Padre Mariano, haciendo ademán de irse.

Mientras duró esta conversación, Miguel y Marta habían permanecido, sin ser vistos por nadie, en la parte de la sala donde estaban los dos sacerdotes, oyendo todo lo que hablaban; y al ir a salir el Padre Mariano, lo detuvo Miguel diciéndole:

—Dígale a Su Ilustrísima que Marta, la pecadora, ya no está aquí y que jamás volverá por esta casa.

—Sea usted quien fuere, ha logrado lo que no podíamos lograr nosotros — exclamó, extrañado, el sacerdote, de la intervención de aquel desconocido.

—Es que yo he logrado por amor lo que ustedes no hubieran logrado con sus rigores — repuso Miguel. A los pobres... pecadores se les convierte con el único lenguaje que entienden; con el lenguaje del amor y no con el del desprecio.

—Hágase el milagro, aunque sea el amor quien lo haga — contestó el Secretario del Señor Obispo. — Y resuelto ya todo, me retiro. La paz de Dios sea en esta casa.

El Padre Ramón, al enterarse por Miguel de los amores de Marta y de él, los

abrazó cariñosamente y, ahogando los impulsos de su corazón, exclamó:

—Los dos merecéis ser muy felices
¡Amáos mucho, amáos siempre!



—Los dos merecéis ser muy felices, ¡Amáos mucho, amáos siempre!

Cuando se encontró solo, se acercó a un crucifijo que había en una de las paredes del cuarto, y sollozó:

—Todos me dejan. Todos me abandonan. Todos menos Tú que estás ahí y que no

cieras nunca tus brazos a los pobres pecadores.

Tantas emociones, sufridas en tan corto plazo de tiempo, terminaron con las energías del Padre Ramón, que cayó sin sentido al suelo.

Acudió su madre y, al verlo en aquel estado, gritó con todo el dolor de su alma:

—¡Hijo mío!

El desvanecimiento había ya pasado y mientras su madre le ateadia solícita, ayudándole a levantarse, el amor, encarnado en Marta y Miguel, sin reparar en obstáculos, continuaba su marcha triunfal hacia el porvenir.

Desde aquel día la enfermedad del Padre Ramón se fué agravando de tal forma, que pronto cundió la noticia por toda la ciudad; y aquellas mismas personas que, días antes, no habían querido ayudarle en la inmensa obra de Caridad que se había impuesto voluntariamente, fueron los primeros en acudir para informarse de la veracidad de la noticia.

Un día se presentaron en casa del Pa-

dre Ramón, la Baronesa, Andrés y Jorge. Este último conocía el valor que tenían los trabajos inéditos del sacerdote, y guiado por un perverso sentimiento se adelantó a ellos y le dijo a Francisca:

—Vengo a traerle una buena noticia. La señora Baronesa, sabiendo por el trance que pasa el Padre Ramón y olvidando antiguos verrós, no tardará en venir a visitarlo. Yo me he adelantado para hacerle un gran favor. Siempre he sido un gran amigo del Padre Ramón y como sé que, entre sus papeles, guarda algunos escritos que pudieran enlodar su buena fama, he venido para examinarlos y destruir aquellos que pudieran comprometerlo, antes que nadie llegue.

La pobre Francisca creyó sincera la amistad que aquel hombre decía profesar a su hijo y, sin el menor inconveniente, se los entregó diciéndole:

—Ahí tiene todos sus papeles y doy gracias a Dios por haber conocido a un verdadero amigo de mi desgraciado hijo.

—Bañ, esto no tiene importancia; cual-

quier otro haría lo mismo en mi lugar — respondió el poeta, guardándose disimuladamente una carpeta, en la que el Padre Ramón conservaba sus escritos íntimos.



—Nada de eso tiene importancia. Se conoce que destruyó anteriormente todo lo que lo comprometía...

Después de fingir que había examinado lo demás, le entregó el resto, diciéndole:

—Nada de esto tiene importancia. Se conoce que destruyó anteriormente todo lo

que le comprometía. Puede usted guardarlo.

Y antes que llegaran las demás personas, salió al recibimiento para que no pudieran nunca sospechar el motivo que le había inducido a adelantarse a ellos.

Poco después de éstos, llegó el Secretario del Obispo; y al preguntarle a su madre por el estado del Padre Ramón, ella contestó sin poder contener las lágrimas que seudían a sus ojos:

—Está muy delicado, Padre Mariano, y para evitarle emociones conviene que le advierta de quien le honra con su visita. Yo misma iré a prevenirle.

Al entrar en la habitación de su hijo, se encontró con que éste se había levantado y con grandes esfuerzos pretendía acercarse a su sillón.

—¿Por qué te has levantado, hijo mío! — le reconvino cariñosamente su madre.

—La cama me mata, madre — contestó, casi sin poder hablar—. No puedo estar



—¿Por qué te has levantado, hijo mío?

más tiempo en ella; y ahora, escúcheme, madre: no la dejo ningún dinero; ni siquiera dinero la puedo dejar, pero recoja mis papeles; y ellos acaso le den a usted para vivir.

Al decirle esto su hijo, fué cuando Francisca sospechó que el hombre que momentos antes se había presentado como amigo, era un impostor que había venido, sin duda alguna, para llevarse lo que su hijo había cuidado con tanto esmero. No quiso decirle nada, sin embargo, por no causarle aún mayor tristeza, y cambió la conversación diciéndole:

—Hijo mío, he de anunciarte una visita que seguramente te llenará de alegría.

—¿Es Marta? — preguntó él con todas las ansias de su corazón.

Con tal vehemencia fué hecha la pregunta, que hasta entonces no comprendió la buena Francisca, el inmenso dolor que había atormentado durante toda la vida el alma de su desgraciado hijo; y moviendo negativamente la cabeza, le dió a entender que no era a ella a quien se refería.

En el mismo momento que madre e hijo hablaban, Marta, a quien había llegado la noticia de la triste suerte que corría la vida de su protector, se presentó en su casa y,

al dirigirse a la habitación que ocupaba el Padre Ramón, se interpuso el Secretario del Obispo, diciéndole:

—Señora, no se puede pasar.

—Esa consigna no reza para conmigo — exclamó Marta —. Yo tengo derecho a entrar. ¡Soy Marta!

Y, sin detenerse un instante, entró a donde estaba el Padre Ramón, mientras que la Baronesa, alarmada por la presencia de la joven, les decía a sus amigos:

—Ninguno de nosotros puede permanecer en esta casa, mientras en ella esté esa mujer.

Francisca acababa de darle a su hijo la noticia de las personas que habían venido a visitarle, cuando entró Marta y, echándose a los pies del moribundo, gritó con todo el dolor de su corazón:

—¿Ramón!

Levantó éste la vista y, al verla, su semblante reflejó la intensa alegría que experimentaba, y exclamó:

—Por fin has llegado, Marta. El corazón me anunciaba que vendrías para dulcificar

mis últimos momentos. Pero, dime, ¿por qué no pasa Miguel?

—¡Miguel ha muerto! — sollozó la joven.

—¿Cómo? — inquirió el sacerdote.

—Lo mataron. Ibanos predicando el amor y al mismo tiempo dando ejemplo con el nuestro. Era misionero de los pobres.

—¿Qué hizo?

—No lo sé. Yo sólo sé que, predicando amor para todos, una bala... de todos le hirió en el corazón.

—El prójimo siempre hiere en el corazón — se lamentó el Padre Ramón. Y con voz casi imperceptible continuó diciendo:

—Yo me muero y a él le mataron. Perdón para ellos, Dios mío.

—¡No, Ramón; tú vivirás y espero, de tu gran amor a todos, que me recojas sin despreciarme! — lloró desconsoladamente Marta.

—Llegas tarde — le contestó el santo sacerdote, que veía acabarse su vida por momentos —. Me siento morir y sólo puedo

ofrecerte estos últimos instantes de mi vida.

—¡No, Ramón, vive! ¡Vive para mi amor! — grito ella, deshecha en lágrimas.



—Llegas tarde... Me siento morir, y sólo puedo ofrecerte estos últimos instantes de mi vida...

Lentamente, el soplo de vida que alimentaba aquel cuerpo consumido por la fiebre pertinaz de tantos días, se iba debilitando. Sus palabras parecían más bien suspiros

que se escapaban de su alma, y su cuerpo sentía las próximas convulsiones de la muerte.

En una de éstas, cayó de sus manos el devocionario que apenas podían sostener, y de entre sus hojas se desprendió una flor marchita.

Al verla, Marta la reconoció inmediatamente, y abrazándose a aquel hombre, santo por su sacrificio, por su abnegación y por su inmenso amor a la desgracia, exclamó:

— ¡Ramón, esta flor es mía!

— Sí, Marta... es... nuestra pasionaria... Yo también... he amado... mucho...

Y mientras el Padre Ramón, el buen sacerdote que con tanta resignación había sabido llevar por el calvario de la vida su pesada cruz de dolor y sacrificio, el pueblo, ajeno a todas las miserias y dolores, entonaba en una de sus plazas más céntricas himnos de alegría y de amor.

Hasta entonces no reconocieron, los que en vida le despreciaron, la virtud de aquel santo.

— Ha muerto uno de los nuestros — exclamó el Padre Mariano —. Era un santo y un gran poeta... Recemos por él.

Y Marta, aquella Pasionaria, signo de su vida, le acompañó también en su muerte.



Sin ningún caño en la vida y sin más compañía que su dolor, Marta, con el alma henchida de fe y con el corazón desbordante de amargura, fue a postrarse ante Nuestra Señora de Montserrat, en su santuario de la montaña, para buscar consuelo a sus penas; y de lo más hondo de su ser se elevó una salvé a la milagrosa Virgen, que era como un response por el alma de aquellos dos seres que, siguiendo el ejemplo del Redentor, habían sacrificado sus vidas por amor a sus semejantes.

— FIN —

PRÓXIMO NÚMERO :

La preciosa producción

La Novela de una Noche

Creación de los grandes artistas

Constance Talmadge y Ronald Colman

64 páginas

Portada a varias tintas

Numerosas fotografías

SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Films

Compre usted

El coche número 13

publicada en las EDICIONES ESPECIALES de
La Novela Semanal Cinematográfica

Adaptación de la popular novela de
Xavier de Montepin. — Interpretación a
cargo de **Lili Damita**, la bella creadora
de «La Poupée de Paris». — Esta novela
será indiscutiblemente un nuevo éxito.

Recuerde los anteriores:

La Viuda Alegre

El Gran Desfile

Miguel Strogoff, o El Correo del Zar

La Princesa que supo amar

A estos éxitos seguirán los de

Nantas, el hombre que se vendió

Sin familia

y el mayor acontecimiento del año:

¿...?

59
L. N.
S. C.